

LA LITERATURA JUDÍA EN URUGUAY: NARRATIVA HISTÓRICA Y TESTIMONIAL

Martha L. Canfield
Università degli Studi di Firenze – Italia

La cultura judía en Uruguay

La comunidad judía en Uruguay es la tercera más numerosa de América del Sur, después de Argentina y Brasil. En 1960, cuando se calcula que la comunidad alcanzó su nivel más alto, eran unos 50.000 habitantes, lo cual significa un importante porcentaje en la población total del país, que es de 3.000.000. Actualmente la presencia judía ha disminuido mucho, por distintas razones, una de las cuales es la emigración durante la dictadura militar (1973-1985), en buena medida hacia Israel; pero sigue siendo relevante la contribución cultural aportada, con notables protagonistas de la política, el arte, la música y la literatura.

A pesar de ello, mientras hay una bibliografía consistente y difundida sobre la historia de los judíos en general en América Latina y específicamente en Argentina, en Perú, en México, por lo que se refiere al Uruguay este trabajo es todavía incipiente. Desde el punto de vista sociológico son muy importantes las obras de Rafael Porzecanski, en primer lugar *El Uruguay judío. Demografía e identidad*, de 2006; pero falta una historia de la literatura judía uruguaya.

Este trabajo se propone ser una primera entrega de un estudio más amplio y antológico; y si bien nos concentraremos en tres autores –Kurt Neumann (1912-1996), Mauricio Rosencof (1933) y Teresa Porzecanski (1945)–, vamos a nombrar brevemente algunos significativos protagonistas de la cultura hebreo-uruguaya, como contexto en el que se desarrollan los autores estudiados.

Luis Novas Terra, pseudónimo de Ludwig Neulander (1923-1979), nacido en Alemania, tuvo que emigrar a Uruguay en 1938 a causa de la persecución nazi. Periodista y dramaturgo, su intensa actividad estuvo conectada con otros artistas y escritores uruguayos, como el dramaturgo Carlos Maggi, el actor y guionista humorístico Enrique Almada, el crítico literario Ángel Rama. De sus obras teatrales recordamos: *Pan y circo*, que fue puesta en escena en 1959 por Federico Wolff; *Todos en París conocen*, comedia musical estrenada en 1960; *Los cuatro musicantes*, de 1963; *El día del perdón*, de 1973; y *Una vida color topacio*, de 1977.

Federico Wolff (Berlín 1926-Buenos Aires 1988), actor, traductor y escenógrafo, también llegó a Montevideo con su familia huyendo del antisemitismo nazi, contribuyó al desarrollo del teatro uruguayo fundando incluso su propia compañía, el Teatro Universal, pero la dictadura militar lo obligó a dejar el Uruguay y a refugiarse en Argentina.

Alicia Migdal, nacida en Montevideo en 1947, escritora y profesora de literatura, ha cultivado la poesía, la narrativa, la crítica literaria y la crítica cinematográfica. Como narradora ha recibido el Premio Bartolomé Hidalgo por su novela *Historia quieta* (1993) y en 2010 el Premio Nacional de Narrativa del Ministerio de Cultura por su libro *En un idioma extranjero*, que reúne la nouvelle homónima con *La casa de enfrente*, *Historia quieta* y el texto inédito *Abstracto*. Los temas más tratados por esta autora, y los más apreciados por la crítica, son la indagación de la vida secreta, las polaridades de género femenino y masculino y la manifestación de la herencia cultural recibida de los inmigrantes judíos.

En el campo del arte es fundamental la figura de José Gurvich, nacido en Lituania en 1927, fallecido en Nueva York en 1974 y cuyo nombre original era Zusmanas Gurvicius. A los cinco años emigró a Montevideo junto con su madre y su hermana, para reunirse con su padre que había llegado un año antes. Su educación, el descubrimiento de su vocación artística y su formación como pintor y como profesor de arte se desarrollan por lo tanto en Montevideo, sobre todo en la Escuela Nacional de Bellas Artes y en el Taller Torres García. Allí es donde su estilo empieza a definirse con una influencia inicial evidente de Torres García, que lo consideraba su alumno preferido. En 1955, después de una estancia en el kibutz Ramot Menasche en Israel, donde vivía su hermana, hace una muestra en Roma, y en las nuevas obras que expone se nota un cambio que obedece sin duda al reencuentro con sus raíces judías. Dado que, como ha observado Rafael Porzecanski, el 75% de los judíos de Uruguay se identifican como laicos, y entre ellos incluimos a Gurvich, es significativo que las raíces judías, que todos tarde o temprano reivindican y valoran, no estén necesariamente asociadas a la religión sino, sobre todo, a la historia, a la tradición, a la cultura. El sionismo entonces, más que la religión, es lo que predomina en la colectividad de los judíos uruguayos.

En el ámbito de la música se destaca, muy famoso y apreciado a nivel nacional e internacional, Jorge Drexler (Montevideo, 1964), cantautor, músico y compositor, cuya canción más famosa, “Al otro lado del río”, creada para la película *Diarios de motocicleta*, sobre el viaje juvenil por Latinoamérica del Che Guevara y su amigo Alberto Granado, le mereció en 2005 el Oscar a la Mejor Canción Original. Drexler siempre tuvo vocación musical y fue desde jovencito cantante de sinagoga (*jazán*); pero en principio quiso estudiar medicina, como sus padres, se licenció y se desempeñó como otorrinolaringólogo. Más tarde, después de haber obtenido uno de los premios del Primer Concurso de la Canción Nacional Inédita, realizado por la radio Alfa FM de Montevideo, decidió concentrarse en la música. En 1995 fue a España para tocar en tres conciertos y decidió establecer allí su residencia, que ha mantenido hasta hoy. Pero nunca ha dejado de sentir y de comunicar con sus canciones la herencia y la cultura que le llegan de sus raíces judías y uruguayas. A pesar de vivir en España y estar casado con una española, nunca ha abandonado su manera “uruguaya” de hablar, con el seseo y el voseo. En una entrevista en la que le preguntaron cómo definiría lo que se siente cuando se compone, contestó:

Componer es un momento de cuestionamiento, euforia y depresión. Una vez que abris una canción, no tenés más remedio que terminarla. Si no la sensación es de coitus interruptus, horripilante, no te deja dormir. Y cuando lo resolvés..., no quiero continuar con la analogía, pero sí: es como muy bueno, una intensa sensación placentera, de enorme gratificación y de contacto con lo divino. (Ludueña)

Una de sus canciones más famosas, recogida en el álbum *Eco* de 2005, es “La milonga del moro judío”, donde habla del Medio Oriente a través de las reflexiones, precisamente, de un “moro judío”. Y en mayo de 2017 brindó su primera charla TED¹, basada en sus conocimientos sobre la historia de la música y la diversidad cultural de sus ancestros, refiriéndose asimismo al conflicto entre Israel y Palestina.

La narrativa autobiográfica y testimonial: Kurt Neumann

Kurt Neumann nació en agosto de 1912 en Viena, en lo que era todavía el Imperio austrohúngaro, tercer hijo de una familia judía austríaca, de clase media acomodada. Tuvo una vida aventurera, dramática y finalmente serena, que lo llevó por medio mundo, hasta llegar al Uruguay, que eligió como su patria definitiva. Allí falleció, tres años después que su esposa Paula, en septiembre de 2003 y ambos reposan en el Cementerio Israelita de La Paz (en el Departamento de Canelones).

Neumann tuvo siempre vocación por la escritura pero las situaciones extremas que le tocó vivir lo llevaron a relegar esta vocación hasta los últimos años de su vida, cuando se encontró, ya en paz consigo mismo y con su entorno, en Montevideo. Allí decidió escribir en español la historia de su vida

¹ La sigla TED significa *Tecnología, Entretenimiento, Diseño* (en inglés *Technology, Entertainment, Design*) y es una organización sin fines de lucro estadounidense dedicada a las “Ideas dignas de difundir” (*Ideas worth spreading*).

y dar cuenta de notables eventos históricos como testigo privilegiado: el ascenso del nazismo, el antisemitismo, la diáspora, los diversos procesos sociales y políticos que marcaron varias repúblicas sudamericanas, en especial Bolivia y Uruguay. El libro, intitulado *El caminante* (1999), se abre con una poesía escrita por él a los 21 años, en 1933, cuando fue expulsado de Suiza. La poesía, escrita en alemán, fue luego traducida por él mismo al español y resulta una visión angustiosa y premonitrice de lo que será su vida de ahí en adelante por muchos años; al mismo tiempo expresa sentimientos que sin duda fueron muy semejantes para tantos sobrevivientes fugitivos, desamparados y perdidos, víctimas de los horrores del Tercer Reich. Por esta razón vale la pena citarla completa:

CAMINANTE HACIA LA NADA
Camina un hombre sin dinero
por el mundo.
Sin hogar, sin cama, sin pan.
Viene de la miseria y va hacia la pena.
Camina solo, olvidado de todos.
¿Qué pasará hoy? ¿Qué mañana?
¿Dónde dormir? ¿Dónde comer?

Alguna vez encuentra un sitio,
donde cree estar protegido.
Pero mañana tendrá que dejarlo,
otra vez caminando hacia la nada,
tratando de olvidar este desengaño
con nuevas preocupaciones.

¿Qué pasará hoy? ¿Qué mañana?
¿Dónde dormir? ¿Dónde comer?

Así caminan millones por el mundo;
solos, olvidados, sin descanso.
No se sabe qué los mantiene vivos,
pues ellos viven, una carga para ellos mismos.

Y esperan...
alguna vez poder olvidar sus penas.
Pero ¿qué pasará hoy? ¿Qué mañana?

¿Dónde termina vuestra caminata,
caminantes hacia la nada?
(Neumann 1999: 8-9)

La historia contada por Neumann empieza con sus recuerdos de infancia, con la participación de su padre en la Primera Guerra Mundial, como soldado en el ejército austríaco, y con la tremenda impresión que recibió cuando un día, caminando con su madre por una calle de Viena, vio un grupo de prisioneros flacos, tristes y con la ropa destrozada, conducidos por soldados hacia la cárcel. Quiso saber quiénes eran y su madre le explicó que eran rusos. A partir de ese día nunca más quiso participar en un juego, entonces común entre sus compañeros, que consistía en “matar rusos”.

Prosigue con los problemas que en los años 1918-1920 se vivieron en Austria a causa de la caída del Imperio austríaco y de la disolución del conglomerado del imperio con sus estados balcánicos, Hungría, Checoslovaquia y demás, quedando reducido a un octavo de su territorio. No obstante, su padre por un tiempo logró mantener un nivel económico elevado; se trasladaron a una pequeña finca, valiosa y bien cuidada, y el niño Kurt fue iniciado en el conocimiento y el placer de la literatura, de la música y del teatro, dado que lo llevaban regularmente a ver óperas, conciertos de Strauss, obras de Molière e incluso las primeras películas de Chaplin.

Sin embargo, el período tranquilo y feliz de la vida del niño Kurt termina pronto. A fines de 1922 empieza en Austria una inflación creciente que golpea sobre todo la clase media y que arruina también

a su padre. Este, desmoralizado, resuelve irse de Austria y trasladarse a Alemania porque, recuerda Kurt, estaba convencido de que “en Alemania estas cosas no pueden pasar” (27).

Es en esta nueva sede de residencia, en Leipzig, donde Kurt, a los once años, empieza a conocer y a sufrir el antisemitismo. En primer lugar era el único judío de su clase, donde la religión católica era obligatoria y él naturalmente no participaba en las clases de religión. Sus compañeros se burlaban de su acento, pues el alemán que él hablaba no era como el de Leipzig; pero sobre todo llegó a percibir el desprecio por parte de muchos profesores y de la mayoría de sus compañeros. Ello alcanzó el ápice un día en que, al terminar la clase, lo detuvieron, lo desnudaron para ver si era de verdad un “judío sucio”, y mientras él lloraba de rabia y de impotencia, el profesor miraba y no decía nada (30).

La lectura fue desde entonces su refugio espiritual. Así descubrió y se familiarizó con autores como Goethe, Schiller, Thomas Mann, Cervantes, Voltaire, Charles Dickens, Dostoyevski, Tolstói, así como con la filosofía de Kant, Nietzsche, Schopenhauer y otros. Y poco después, cuando tenía solo 14 años, conoció casualmente a Paula Jakob, de trece años, de la cual se enamoró perdidamente con un amor que duraría para ambos toda la vida.

Contemporáneamente ellos viven la historia de la República de Weimar, las ilusiones de tantos que veían el crecimiento del partido Social-demócrata, con 4.000.000 de inscriptos, la difusión de las obras de Marx, Engels, Rosa Luxemburg, Lenin, la creación de la editorial socialista “Bucher-Gilde”, que publicaba cada mes un libro nuevo, pues pensaban que para ser un buen socialista había que ser ilustrado. Cuenta Kurt que cuando se entraba en la casa de un pobre “proletario” se encontraba casi siempre una hermosa biblioteca con libros de Goethe, Gorki, Marx, Dostoyevski. Pero ese sueño duró poco: el anticomunismo y el antisemitismo empezaron a crecer y el 30 de enero de 1933 el presidente Paul von Hindenburg entregó el gobierno a Hitler, quien empezó inmediatamente la persecución de los opositores, comunistas y socialistas, y el 27 de febrero de 1933 organizó el Reichstagsbrand, Incendio del Parlamento, evento crucial para la afirmación del nazismo en Alemania. Dado que Kurt era un asiduo frequentador de la Volkshaus, llegó a ser arrestado por dos miembros de la S.A. que, definiéndolo “cerdo rojo”, lo encerraron en una celda con otros compañeros; allí, desde una ventana que daba al patio del edificio, pudieron ver algo terrible que desafortunadamente no era más que el comienzo de una larga pesadilla. Y él lo describe así:

[...] vimos que contra la pared del fondo del patio habían puesto a los funcionarios del partido y de los sindicatos y un grupo de la S.A., todos totalmente borrachos, hacían tiro al blanco con ellos: muchos ya estaban heridos, otros muertos. Este espectáculo fue para todos nosotros algo insoportable, entre rabia, odio y miedo, incapaces de hacer algo; ya entonces me di cuenta de todo lo que nos esperaba, pero me equivoqué, la realidad después fue aún peor. Unas tres horas más tarde nos abrieron la puerta, nos devolvieron nuestras cosas (menos el dinero) y nos dejaron salir. Ya en la calle me sentía nacido de nuevo. Este fue el primer milagro de tantos que iba a necesitar para sobrevivir a los nazis. Yo tenía entonces veinte años, sin experiencia y todavía lleno de ideales e ilusiones. (57-58)

Dado que la situación sigue empeorando, los padres de Paula se trasladan a Francia, a la ciudad de Mulhouse, y Kurt decide ir a vivir con su hermana en Suiza, desde donde regularmente se organiza para ir a visitar a Paula. El capítulo que Neumann dedica a su estadía en Suiza es breve, pero suficiente para dejar testimonio del desarrollo del antisemitismo allí también. Mientras su hermana se empeñaba con grupos socialistas y comunistas en la lucha contra el nazismo y el fascismo, Kurt fue arrestado por trabajar ilegalmente, recluso en una celda de 1,50 x 2,50, sin W.C. ni agua, donde les daban una comida escasa e incomible. Cuando por fin lo dejaron libre, le comunicaron que se le prohibía quedarse en Suiza, que estaba obligado a dejar el país. El oficial se lo comunicó así: “Usted tiene 76 horas para dejar Suiza y una prohibición de entrar aquí por seis meses. Y además no necesitamos judíos aquí en Suiza, ya hay demasiados” (68). En 1933, en efecto, en Suiza se había formado un partido pro-nazi, el *Nationale Front*, y Kurt supo poco después de que lo liberaran que el jefe de policía de Zürich era uno de ellos y gran simpatizante de Hitler. Fue precisamente al salir de la cárcel que escribió el poema con el que muchos años más tarde abriría estas memorias, “Caminante hacia la nada”.

La peregrinación de la joven pareja, Kurt y Paula, empezó entonces, buscando trabajo, tratando de evitar las leyes del Tercer Reich, buscando refugio en Francia, en Polonia y otra vez en Francia. Finalmente, después de muchas peripecias para conseguir los documentos necesarios, lograron casarse en Leipzig, el 30 de agosto de 1935. Pero la situación se hacía cada vez más peligrosa y decidieron que había que emigrar. Así lograron reunirse con los padres de Kurt y con su hermano mayor y su esposa, que estaban viviendo en Polonia, y se embarcaron todos, gracias a las gestiones de la comunidad judía de Zürich, para la tierra desconocida pero prometedora de Bolivia.

El largo capítulo dedicado a la vida en Bolivia constituye un notable testimonio de la historia dramática de este país, de las consecuencias de la Guerra del Chaco, del poder cada vez mayor de los militares y del ingreso, al terminar la Segunda Guerra Mundial, de personajes que habían sido de poder en la Alemania de Hitler. Si en un primer momento, tanto Kurt como Paula logran un buen trabajo e incluso hacen buenas amistades, algunas a nivel institucional –llegan a conocer personalmente a Gualberto Villarroel y a Víctor Paz Estenssoro–, al confirmar la entrada de nazis y la configuración de un régimen de derecha y antisemita deciden que ha llegado la hora de buscar otra tierra donde vivir. Y la sabia decisión la deben, precisamente, al consejo de Villarroel:

Alrededor del 15.11.1945 me llamó el presidente Villarroel para decirme que sería conveniente que yo me ausentara por algún tiempo del país, pues él ya no tiene bastante poder para protegerme frente al M.N.R. y que el nuevo prefecto y el jefe de policía de Cochabamba son rabiosos antisemitas y fascistas, y que conocen mi lucha contra ellos y quieren vengarse. Me decía que había ordenado que se me otorgara un “pasaporte especial” (VIP) y que él me iba a avisar cuando pudiera volver. (202)

Así, nueve días más tarde, Kurt, Paula y el hijo Andrés, entonces un niño de tres años, parten hacia el Uruguay, adonde se instalarían casi contemporáneamente los padres de Kurt y su hermano con la esposa. Y, como se sabe, ocho meses más tarde, el 21 de julio de 1946, Villarroel fue brutalmente asesinado por una turba, junto con tres de sus colaboradores.

La familia Neumann empezó entonces una nueva vida en Uruguay, donde por primera vez Kurt se sintió seguro y tranquilo. Lo describe así:

Después de todo lo que había visto en el mundo, Uruguay me parecía casi un país irreal, utópico, un paraíso, con una calidad humana que no había conocido en ninguna parte. Y además una real democracia con leyes sociales ejemplares, y al fin más europeo que Europa. [...] Estaba convencido de que Andrés, creciendo en un ambiente como el uruguayo, tendría más posibilidades que en cualquier otra parte del mundo para llegar a ser un hombre culto y de bien. (205)

Y más adelante:

[...] cada día nos dábamos más cuenta de la alta calidad de vida en el Uruguay, de sus habitantes; entonces no se conocía todavía el antisemitismo, la gente se ayudaba mutuamente, modestos pero muy cultos, no había analfabetismo. Tampoco se conocía miseria ni hambre. [...] Además en Uruguay casi no había militares y la iglesia católica casi no tenía influencia y estaba totalmente separada del estado! (206)

Estas impresiones positivas cambiarán a fines de los años 60 y más durante la dictadura militar que se impuso en Uruguay entre 1973 y 1985 y que obligaría al hijo Andrés a trasladarse a Italia, donde sus padres lo iban a seguir y donde iban a vivir varios años. Juntos iban a viajar también a Israel e iban a conocer sobre todo Tel Aviv y Jerusalén. Sin embargo, la nostalgia de la patria de adopción iba a determinar en 1993 un regreso final al Uruguay, donde Kurt y Paula habrían de terminar sus vidas.

El “caminante hacia la nada”, el testigo de tanta historia y de tanta geografía, lograría al fin llegar a un puerto de paz que le permitiría vivir sus últimos años rodeado de paz y de amor y así poder dedicarse a reconstruir para nosotros la narración de una experiencia ejemplar e iluminante.

La narrativa histórica y personal: Mauricio Rosencof

Mauricio Rosencof nació el 30 de junio de 1933 en Florida, Uruguay. Sus padres eran judíos polacos, de la ciudad de Lublin. Su padre, Isaac, sastre de profesión, en 1931 se vio obligado a emigrar a causa del nazismo; se estableció en Montevideo, en el barrio de Palermo, y al año siguiente llegaron su esposa y el hijo primogénito, Leibu. En la nueva patria sus nombres y apellidos fueron españolizados y modificados: Isaac se mantuvo, pero Rosenkopf se volvió Rosencof; el nombre de la madre, Rajzla, se volvió Rosa; el del chico Leibu se volvió primero León y luego Leonel; y más tarde, el nombre que los padres dieron al segundo hijo, Moishe, fue cambiado en Mauricio. Leibu moriría de meningitis a los 16 años, cuando Mauricio era todavía un niño; el recuerdo de su hermano, sin embargo, lo acompañará siempre, como se evidencia en sus obras autobiográficas, en especial en *Las cartas que no llegaron*, publicada por primera vez en el año 2000, reeditada varias veces en Argentina y en España y traducida, como muchas otras obras suyas, en francés, en inglés, en alemán, en italiano, en turco, en holandés.

El resto de la familia, a excepción de una hermana de Isaac, no logró salir a tiempo de Polonia, y como todos los judíos que se encontraban en territorios ocupados por los alemanes, fue enviada a campos de concentración. Isaac y Rosa esperaron en vano noticias durante años, hasta que finalmente se pudieron comunicar con la hermana de Isaac, por la cual se enteraron de los horrores vividos por los parientes y del trágico final.

Mauricio pudo crecer en condiciones positivas, en cuanto la integración en el tejido social uruguayo, al menos hasta los años 50, era fácil; y en medio de una población marcada por un número notable de inmigrantes, no se percibía ninguna forma de segregacionismo. El amigo más cercano a Mauricio era, de hecho, hijo de inmigrantes italianos y la amistad duró toda la vida.

Mauricio se sintió desde muy joven atraído por la militancia política, con una clara inclinación izquierdista y, al mismo tiempo, con una precoz vocación literaria que lo llevó a dedicarse al periodismo y a la escritura tanto de narrativa como de obras de teatro y de poesía. Desde el punto de vista de la militancia política, conoció a Raúl Sendic, apoyó la lucha de los *cañeros* (cultivadores de caña de azúcar en el norte del país) y se contó entre los fundadores del MLN (Movimiento de Liberación Nacional), conocido también como movimiento de los *Tupamaros*. Es importante subrayar que este movimiento es único y no asimilable a ningún otro movimiento guerrillero, aun cuando en principio era asimismo de orientación comunista y estaban inspirados por la Revolución cubana, que había triunfado en 1959. La diferencia del movimiento resultó evidente cuando, una vez reconstruida la democracia, después de la dictadura militar durada de 1973 a 1985, los Tupamaros hicieron pública la propia autocrítica, declararon que la lucha armada era negativa y se transformaron en un partido político que participó en las elecciones, asociado con otros partidos de izquierda y conquistó un notable consentimiento, que se prolongó en los años, llevando a la presidencia a José Mujica, otro jefe histórico de los Tupamaros. El mismo Rosencof, que durante la dictadura fue hecho prisionero y declarado “rehén”, junto con otros ocho reclusos (condición que implicaba la muerte inmediata si se verificaba una acción guerrillera que pusiera en peligro la seguridad de las Fuerzas Armadas), bajo la presidencia de Tabaré Vázquez y luego la de Mujica, fue nombrado asesor a la cultura del Municipio de Montevideo, donde trabajó hasta su jubilación. La crítica, además de apreciar su obra literaria, desde el punto de vista de su intensa, compleja y atormentada vida, lo ha considerado “un personaje emblemático de la contemporaneidad, no solo del Uruguay”² (Símuni en Rosencof 2008: 89).

La novela *Las cartas que no llegaron* tiene el valor de un doble testimonio histórico: por un lado, a través de las cartas de la familia –que no pudo salir a tiempo de Polonia y terminó aniquilada por los nazis, probablemente en Treblinka³, o más probablemente en Auschwitz⁴–, el lector entra en contacto

². He traducido de la edición italiana de la novela *Las cartas que no llegaron*.

³ Es lo que sugiere la novela en una de las cartas imaginadas que habría enviado la hermana de Isaac (Rosencof 2000: 19).

directo con la horrenda experiencia del Holocausto, siempre a través de voces directas que se alternan y que pertenecen a una hermana de Isaac y a otro miembro de la familia no especificado. Sabemos, y lo entenderemos más claramente al final de la novela, que estas cartas “no llegaron”, porque a partir del momento en que los parientes fueron encerrados en el campo de exterminio, obviamente no pudieron escribir más y nuestro autor, sabiendo lo que padecieron, reconstruye sus experiencias en cartas escritas por él mismo. Por otro lado, el segundo valor como testimonio histórico de la novela es el que remite a la brutalidad ejercitada por los militares uruguayos durante la dictadura, de la cual Rosencof fue víctima directa. Dos formas de violencia diferentes por motivación, por las víctimas designadas y por la identidad de los ejecutores, pero que en el caso de Rosencof –judío y tupamaro– se reúnen dramáticamente.

Las cartas que no llegaron, que podemos considerar un notable ejemplo de la “nueva novela histórica”⁵, compromete al lector obligándolo a participar o, como hubiera dicho Julio Cortázar, transformándolo en “lector cómplice”, gracias a la estructura y a la combinación de las distintas voces narrativas. La obra está dividida en tres partes de dimensiones semejantes: *Días de barrio y guerra*, *La carta* y *Días sin tiempo*. Las voces narrativas son tres, todas homodieéticas: la voz dominante es la que identificamos con el propio autor, que nos cuenta –no directamente sino entre líneas– la terrible experiencia de los años transcurridos en un calabozo como rehén de las fuerzas militares del Uruguay; las otras dos voces, una femenina y otra masculina, emergen de las cartas dirigidas todas a Isaac, el padre del narrador.

En la primera parte, *Días de barrio y guerra*, se alternan dos secuencias narrativas: una, compuesta de veinticuatro unidades, abre y cierra esta primera parte y corresponde a la voz del narrador-autor, que evoca momentos y personas de su infancia, sus padres, su hermano Leib, su gata Miska, su amigo Fito, hijo de italianos; la segunda secuencia, compuesta de trece unidades, reproduce las cartas que habrían debido llegar de Polonia, contando la instalación de la Comandancia de la Gestapo, la formación del gueto y la imposición de las medidas antisemitas, la obligación de llevar la estrella de David en un brazalete sobre la ropa, luego la imposición de los trabajos forzados, la reclusión en los campos de concentración, la tentativa de rebelión, el grito. El lector sigue con ansia el proceso contado por las cartas, participa en la angustia de quien narra y del personaje a quien va dirigida esa narración; solo más adelante sabrá que esas cartas, *que nunca llegaron*, fueron escritas por el hijo del destinatario, por Moishe, hijo de Isaac, reconstruyendo lo que seguramente fue como él lo cuenta, pero con la ilusión de poder ofrecer al padre esas palabras que a su hermana, a su hermano, a sus parientes no les fue permitido expresar. Por eso, la última unidad de la segunda secuencia constituye una compensación, humana y más que humana: el grito es la réplica a la infamia que impone tormento sin razón, pero es también la réplica al silencio divino frente a tanta injusticia inexplicable:

A las cuatro y media de la tarde se escucharon dos disparos. Y de inmediato, un fuego majestuoso estalló sobre las cámaras de gas.

Dos de los SS que conducían las excavadoras yacen muertos. Tomamos sus fusiles. Los ucranianos se desconciertan, levantan las manos. Entonces nos lanzamos hacia las alambradas, gritando.

Gritando, simplemente gritando, modulando gritos, gritos, Isaac, solo gritos que rajan el aire, gritos que estallan en nuestras gargantas, liberando antes que nada, que nadie, el grito prohibido, reprimido, incinerado. El grito puro, el grito sin consonantes, ancestral, eterno.

Tan eterno como el silencio de los dioses, Isaac, el grito de los hombres.

(Rosencof 2000: 45-46)

La segunda parte, *La carta*, compuesta de treinta y dos unidades, tiene como única voz narrativa la del narrador-autor y como destinatario a don Isaac, su padre. Toda la segunda parte no es otra cosa que un monólogo interior que el prisionero hubiera querido hacer llegar al padre como una *carta* muy especial, en la que le dice cosas que nunca le había dicho y que ahora siente imprescindible

⁴ De hecho el autor fue a buscar pruebas del destino de su familia tanto en el pueblo natal, Lublin, como en Auschwitz (Rosencof 2000: 85).

⁵ Sobre el concepto y las características de este tipo de narrativa remito a Menton (1993).

comunicárselas. En esta segunda parte de la novela, entonces, la alternancia no se da entre voces, sino entre dos tiempos narrativos: uno es el pasado, evocado mediante recuerdos, reflexiones, confesiones de sentimientos; el otro es el presente, convocado con un adverbio de lugar, *acá*, a través del cual se va revelando poco a poco la sede horrenda y mortificante en la que está recluido el narrador: el calabozo. La primera unidad de *La carta*, en efecto, empieza así: “Uno acá piensa, Viejo. Piensa y te piensa, y trata, con cuatro cosas, de armarte, de armar tu vida. Cómo eras, Viejo, cuando yo no estaba [...]” (47). Y luego, poco a poco, ese *acá* se va definiendo y se va concretizando en un escenario de situaciones paradójicas y dolorosas, como la primera visita del padre a la cárcel, donde las torturas habían destruido de tal modo al prisionero que lo habían vuelto irreconocible. La unidad décima empieza así:

Ahora no soy aquel, Viejo. Pero te tuve que contar de aquel para que supieras que el de ahora soy yo. Porque cuando te dieron la primera visita por lo de las denuncias, ¿te acordás?, para que vieras y vieran que yo era yo y estaba en pie y el teniente dijo “acá está su hijo, tiene diez minutos”, y vos me miraste y lo miraste y dijiste “él no es mi hijo, ¿dónde está mi hijo?” y te hicieron sentar en la mesa frente a mí y te conté, me conté, te conté de los tallarines de mamá y de la cama de León y de toda la casa donde vivíamos y que yo era Moishe, papá, un poco cansado pero Moishe y que la gata se llamaba Miska y no te pregunté por el Fito porque después me iban a preguntar quién es ese Fito, de qué columna [...]. (57)

Rosencof imagina enviar una carta a su padre y la crea mentalmente, porque de hecho donde estaba no había forma de hacerlo realmente: “Y hoy acá, Viejo, recorriendo el mundo a tres pasos cortos media vuelta tres pasos cortos, y eso no te lo cuento, ¿para qué?; pero mi mundo es este, de dos metros por uno, sin luz sin libro sin un rostro sin sol sin agua sin sin y te escribo” (65). Esa carta solo podrá escribirla verdaderamente muchos años más tarde, al salir de la cárcel. Pero este ejercicio de recordar, ordenar los recuerdos, preguntarse y preguntar a sus padres cosas que nunca se dijeron lo ayudará a no perder la razón ni la esperanza. En esa reconstrucción de la historia familiar aparecen ya sea los elementos que los han unido desde siempre, como los platos de cocina judía que preparaba su madre, encima de todos el *guefilte fish*, ya sea otros elementos que los separaban, como el yiddish, que hablaban sus padres y su hermano pero que él no entendía. Será a través de la memoria, de la ordenación de los recuerdos, de preguntas acumuladas y contestadas simplemente por el amor familiar que atraviesa la historia y fortifica la esperanza que el prisionero logrará anular todas las diferencias y su identidad se completará revelándose una sola y misma cosa con su padre:

Creo, papá, que te escribo para escribirme. Me escribo como si me hablara; que vos no estás ni en los objetos ni en La Paz, donde fuimos juntos y yo volví, pero no volví a La Paz porque eso de ir a visitarte donde no estás es de boludo, y boludo sería decirte que estás en mí; no Viejo, lo que hoy, lo que hoy por hoy siento, es que yo, hoy, soy vos, Viejo.⁶ (89)

Eso lo llevará a valorizar todos los recuerdos que remiten al contexto cultural de su familia: el periódico *Unzer Fraint*, del grupo judío comunista, que leía su padre; el dúo cómico de Pat y Patachón (en realidad Carl Schenstrøm y Harald Madsen); el cowboy Tom Mix y otros. Pero sobre todo Mauricio-Moishe sentirá la necesidad de reconstruir la historia y el trágico final de la familia que quedó en Polonia; recordará entonces cómo decidió volver por los pasos de su padre, viajar a la ciudad de origen de sus padres, ver, conocer, buscar y comprobar al fin que de toda esa familia y de toda esa comunidad judía polaca no quedaba nada:

Yo fui a buscar esos pasos, Viejo. Yo fui por tus pasos, por los míos, por nuestras huellas. Y volví con las manos vacías y el corazón espeso. Te lo voy a contar. (89)

Son las últimas palabras de la unidad 26. En las siguientes unidades 27 y 28 contará efectivamente lo que vio en Varsovia, el gueto totalmente destruido y el espíritu y el testimonio de la rebelión en el monumento dedicado al “primer alzamiento que se produjo en Europa” contra la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial (unidad 28: 91-93).

⁶ Es la unidad 26 de la segunda parte. Y la referencia a la ciudad de La Paz es el cementerio donde estaba enterrado su hermano Leibu, único cementerio israelita del Uruguay, como ya quedó dicho.

Pero, sin duda, los momentos más trágicos de la carta están en las unidades 30 y 31 donde se cuenta primero la visita a Belzitse, la localidad de donde eran sus padres, en la periferia de Lublin, y luego la visita a Auschwitz. En la primera, después de buscar, preguntar por todas partes y tratar en vano de encontrar señales de sus familiares, resignándose a ver si al menos quedaba algo de la sinagoga, recibió una despiadada respuesta:

Entonces voy bajando las expectativas, pero algo me quiero llevar, y voy y le digo a Tomash: “No es posible, acá vivió toda mi familia, vamos a la sinagoga, este era un pueblo de campesinos judíos, había sinagoga, allí debe haber un registro, o al cementerio, vamos al cementerio para leer mi nombre en una lápida”.

Entonces un belzitseano responde, y la gente ríe y Tomash que no traduce, y le exige, y él: “Dijo que para qué quiere sinagoga este pueblo si ya no queda ni un judío”. (unidad 30: 96-97)

La reconstrucción histórica y personal de estos acontecimientos, donde se pone brutalmente en evidencia la capacidad del ser humano de llegar a extremos de maldad y de injusticia, no podía dejar de confluír en una desencantada reflexión sobre la naturaleza divina, aun para un ateo como es, y como se ha declarado siempre, Rosencof. En la unidad 20 de *La carta*, recordando las angustias y las preguntas que atormentaban a su madre, el narrador reflexiona sobre los mandamientos, la desobediencia y el castigo, la obediencia y la esperanza. Pero en este caso, la obediencia no fue premiada, y el castigo brutal se abatió sobre sus creaturas. Entonces concluye indignado: “la amenaza tiene siempre una pequeñísima hendidura de esperanza [...] Pero acá no, acá no le dio respiro al Pueblo Elegido, que lo borró, que lo barrió en nombre de nada, qué joder” (75). De esta manera Rosencof coincide con el desconcierto metafísico del pueblo judío después de la Shoá, tal como fue profundamente analizado por Hans Jonas en su célebre ensayo *El concepto de Dios después de Auschwitz*.

La tercera y última parte de la novela lleva como título *Días sin tiempo*, aludiendo claramente a los innumerables días de los doce años padecidos en la cárcel de la dictadura militar, y está compuesta por veinticinco unidades. Aquí el tiempo narrativo se concentra en la vivencia de la cárcel, en los recuerdos de la madre y del padre, en el relato de las pocas y breves visitas que su padre pudo hacerle, así como en el doloroso traslado de sus padres a un hospicio cuando, siendo ya ancianos e incapacitados, no podían seguir viviendo solos. El adverbio “acá” aparece mucho más frecuentemente, siempre como referencia a su abominable presente de prisionero, y se va definiendo cada vez con mayor precisión, hasta que es nombrado como “calabozo”, un territorio mínimo, donde la palabra ha desaparecido, donde domina el silencio a tal punto que “se puede percibir la actividad ruidosa de las arañas” (112). Y de recuerdo en recuerdo se logra reconstruir su pasado de tupamaro –incluido el rechazo del Movimiento entre cierta gente, como las llamadas telefónicas al asilo de los padres de personas que amenazaban si no se sacaban de allí “a esos viejos de mierda, a los padres de ese hijo de puta” (134)– y la maravillosa conquista, dentro de la cárcel, de la posibilidad de comunicar con un compañero, descubierto del otro lado del muro, mediante un sistema de golpes en código⁷. Aquí no se dice, pero el compañero descubierto del otro lado del muro era Eleuterio Fernández Huidobro y junto con él, una vez libres, escribirán a cuatro manos las *Memorias del calabozo*, que saldrá publicado en 1989.

En medio de las novedades que modifican la situación del prisionero, hay una especialmente grandiosa y significativa: es la que el narrador llama, siempre con mayúscula, la Palabra. Ya precedentemente anunciada, es en la unidad 23 de esta tercera parte donde la Palabra aparece discutida y comunicada con el compañero del otro lado del muro y finalmente revelada; luego, en la unidad 24, dirigiéndose directamente al padre, que es el autor de la Palabra, el narrador reconstruye el momento en que esa había sido pronunciada. Y es más que un vocablo, es una frase; y sobre todo después de haber puesto en discusión la realidad de lo divino, después de haber dolorosamente confirmado el silencio de Dios frente a la Injusticia derramada sobre el Pueblo Elegido, esta Palabra tiene el valor del comienzo, del reencuentro, de la reunificación: mediante ella la familia desgarrada recupera el código amoroso de la esencia vital. El padre que se preocupa por tranquilizar al hijo y sobre todo por

⁷ Véase toda la unidad 23, pp. 150-153.

alimentarlo es el signo más sencillo y más claro del sentimiento fundamental que los une: el amor. La escena, simple y cargada del valor de lo cotidiano, es reconstruida por el hijo que quiere que el padre la recuerde:

[...] y vos ahí, y como si nada, conversamos del encuentro del comedor; y yo, “me viste”, “sí”, dijiste, como lo más natural, lo más normal, porque al fin de cuentas fue natural, normal, casi de todo andar, “tenías el traje azul de tres botones pero no me veías, Moishe, buscabas y yo te dije”. “¿Qué?”, te pregunté. “Eso, ¿qué te iba a decir?”
“Moishe, qué hacés ahí parado, sentate, comé”. (154)

Como no podía ser de otra manera, la última unidad de esta tercera parte, es decir, la unidad con la que se cierra la novela, está toda dedicada, en un breve párrafo a redefinir la Palabra, desentrañando su significado más profundo:

La Palabra. La Palabra caldea, aramea, babilónica, hebrea, quería decir, dijo, en el mismo instante, en el instante simultáneo donde el tiempo corre por su cuenta y sin reloj, para mi padre en el comedor del asilo y para mí en el nicho, la Palabra, entonces, quiso decir y dijo que estemos donde estemos, Viejo, nos estamos viendo. (155)

En otras palabras (se nos permita el juego), la Palabra quiso decir que sea como sea, estemos donde estemos, a pesar de todo, en medio del desastre, de la violencia absurda y del silencio de Dios, hay una voz que comunicando nos reúne. Y el filo de esa comunicación y el lazo de esa unidad no es otra cosa que el Amor.

El tiempo de la historia y los lazos temporales: Teresa Porzecanski

Teresa Porzecanski nació en Montevideo el 5 de mayo de 1945, en una familia judía de ascendencia askenazi por parte de padre y sefardí por parte de madre. Su padre había llegado al Uruguay en 1928 desde Libau, Letonia, escapando del antisemitismo europeo; su madre, a su vez hija de un siriano y una libanesa, había nacido en Uruguay. Teresa se graduó en Trabajo Social en la Universidad de la República y asimismo en Ciencias antropológicas, con especialidad en Etnología. Y, de hecho, ha siempre dividido su trabajo entre la creación literaria y la investigación antropológica. Ha sido docente de grado y posgrado en la Universidad de Montevideo y en varios centros académicos de Argentina, Brasil, Perú, México, Suecia, Estados Unidos, Puerto Rico e Israel. La didáctica antropológica ha sido siempre acompañada por una intensa tarea de investigación de la que son frutos numerosos ensayos, como *Historias de vida de inmigrantes judíos al Uruguay* (1986, ampliado en el 2011), *Curanderos y caníbales. Ensayos antropológicos sobre Charrúas, Guaraníes, chamanes, adivinos y románticos* (1993), *Historias de vida: negros en el Uruguay* (1994, ampliado en el 2006 en colaboración con Beatriz Santos), entre otros.

En 1992 ganó la beca Guggenheim con un proyecto sobre el folclore sefardí y al mismo tiempo para terminar su novela *Perfumes de Cartago*. En el 2005 le concedieron la beca “Residencia” de la Fundación Rockefeller en la ciudad italiana de Bellagio, cerca del lago de Como, para terminar su novela *Su pequeña eternidad*. En Uruguay ha sido premiada numerosas veces: por el Ministerio de Educación y Cultura en 1967, 1976, 1995, 2007 y 2008; por la Intendencia Municipal de Montevideo en 1986 y 1989; con el Premio Bartolomé Hidalgo de la Crítica en 1995; y con el Premio Morosoli de Literatura, por el conjunto de su obra, en 2004.

Su obra literaria se expresa en distintos géneros: la poesía, el cuento y la novela, dando mayor espacio a la narrativa. De novelas tiene hasta ahora ocho, siendo *La piel del alma*, de la que nos ocuparemos enseguida, la quinta, publicada por primera vez en 1996.

La novela sigue los cánones de la nueva novela histórica hispanoamericana y combina, a lo largo de treinta y cinco capítulos, dos historias y dos tiempos narrativos, entrelazándolos de manera cada vez más estrecha hasta el final, en el que una historia –la más antigua– determina el desenlace de la otra.

Los tiempos y lugares narrativos son: el año 1950 en Montevideo, cuando se está por jugar y al fin se juega el partido final del campeonato mundial de fútbol, en el que el Uruguay, contra todas las previsiones, logró ganar al Brasil; y el año 1487 en Toledo, durante el primer período de la Inquisición española (1480-1530), que estuvo marcado por la intensa persecución de los judeoconversos (Kamen 1997). La primera historia parte con la focalización de un personaje que podemos definir como una típica antiheroína: Liropeya Duarte, una modista de más de cincuenta años, gorda y fea, que no ha conocido el amor y recurre a un programa de radio para fijar una cita con un desconocido, el cual, en efecto, se transformará en su amante, para poco después robarle todo su dinero y abandonarla. Ya en el segundo capítulo Liropeya es encontrada muerta, con un cuchillo clavado en el corazón, en su habitación de la pensión Altamira; y sigue por el resto de la novela la investigación sobre el presunto crimen, conducida por el comisario Valdivia en colaboración con el agente Mieres. La segunda historia parte en el tercer capítulo, con el trance creativo de Ubaldino Turcatti, otro habitante de la pensión Altamira, presunto testigo interrogado por Valdivia y Mieres. Turcatti tiene dos actividades intensas y constantes: observar lo que pasa en la habitación confinante con la suya a través de un agujero que él mismo ha hecho en la pared, desde donde ha podido ver mucho de Liropeya y de sus últimas vivencias; y dar espacio a sus ensoñaciones o visiones, a partir de las cuales está escribiendo un libro. Lo que relata en esa escritura es la historia de un personaje del siglo XV, Don Serafín del Mondo, judío y alquimista, padre de la adolescente Doña Faride Azulay, la cual será más tarde víctima de la feroz represión del Santo Oficio. La narración nos ubica inmediatamente en una fecha precisa, octubre de 1487, en Toledo. La historia segunda, por tanto derivada de la historia primera, empieza así:

“Aquella maldita noche de octubre de 1487 en la que Don Serafín del Mondo contempló conmovido las hogueras de los herejes y regresó rápidamente a su casa para intentar recomponer, aunque ya tarde, la armonía del cosmos”, escribió Ubaldino Turcatti, “fue el comienzo de todo lo que ocurrió. Disponía apenas de algunas fórmulas alquímicas: unas pocas recetas escuchadas a preclaros nigromantes [...]”⁸ (Porzecanski 1996: 29)

Y más adelante, en el mismo capítulo, Ubaldino continúa escribiendo:

“De pronto, Serafín del Mondo se aparta del gentío, cruza el solar zigzagueando su camino entre la multitud, y toma un sendero lateral, que pasando por las ruinosas piedras del anfiteatro romano, se pierde entre los caseríos de los suburbios, para alcanzar la Puerta de Bisagra. Adarves y callejas le hacen sinuoso el camino. A medida que avanza, la noche recupera los aromas del río, rescata los jazmines rezagados en las alamedas, y se atreve a irradiar fragancias. Corre el mes de octubre de 1487 y estamos en la vieja Toledo”, puntualiza Ubaldino Turcatti. “Atravesando el Arrabal musulmán y el Barrio de los Alfareros, Don Serafín del Mondo se apura hacia la aljamía y se pregunta por su hija, Doña Faride Azulay, a la que ha dejado encerrada para su propia seguridad en su alcoba.”⁹ (31-21)

En el cuarto capítulo el tiempo narrativo es decididamente el año 1487 y el narrador heterodiegético se concentra exclusivamente en la historia de la joven Faride y de sus amores con Girolamo Narbona, exsacerdote en rebeldía contra la ortodoxia, de quien está ya esperando un niño. Girolamo ya no está en Toledo, se ha ido a combatir al sur, en Al-Andalus, y desde allí le envía cartas cada vez que puede y que ella lee con amor y conmoción.

De ahora en adelante, hasta el capítulo 20, las dos historias en tiempos distintos se alternan regularmente. El lector no encuentra dificultad en seguirlas pero hay algo que no se aclara: la historia de Faride, de su amado Girolamo y de su padre, el sabio alquimista Don Serafín del Mondo, ¿es una historia autónoma, que llega efectivamente del pasado, o es la historia que está imaginando y escribiendo Ubaldino Turcatti en una pobre pensión de la periferia de Montevideo en el año 1950?

En el capítulo 21 volvemos a tener claramente asociada la historia de 1487 con la figura de Ubaldino Turcatti. Aquí el escritor está en un café donde todos, empleados y clientes, siguen por la

⁸ En cursiva en el original.

⁹ En cursiva en el original.

radio la suerte del equipo de fútbol uruguayo que está tratando de llegar a la final del campeonato mundial. Pero él está tan obsesionado con sus personajes que no puede dejar de pensarlos y ahora incluso “los ve”:

Quando entrecierra los ojos, Ubaldino Turcatti continúa viendo la barba enmarañada de Don Serafín del Mondo inclinada sobre la criba a la luz de un candil. Ahora está limando una piedra de cuarzo amarillo para convertirla en diminutas partículas y lograr así un polvo casi impalpable. Lo ve incorporarse inquieto, ir y venir por la estancia, volver a sentarse. El rostro se muestra cejijunto. Hay un rictus de preocupación en el semblante. ¿Logrará la fórmula alquímica de la armonía antes que la perversidad lo haya invadido todo? (140)

La fuerza de la historia del pasado, asociada a tantos elementos efectivamente históricos, empieza entonces a adquirir a los ojos del lector la misma dimensión de la historia del presente; no se trata de una historia “enmarcada”, ni de una *mise en abyme*, sino de una historia paralela. Y a medida que se progresa en la lectura se va haciendo cada vez más clara la contraposición entre dos contextos muy diferentes: el de un pequeño país con una historia reciente, de poco más de dos siglos, que trata de obtener un reconocimiento internacional, como afirmación identitaria, en el triunfo deportivo; y el de un antiguo y gran imperio que ahora –es decir, cinco siglos atrás– empieza a conocer la decadencia y la corrupción. De ese deterioro son testigos y víctimas Don Serafín del Mondo, su hija, Girolamo, la misma gitana Multani, que acompaña y protege a Faride, y sobre todo los que acompañarán a Don Serafín en su viaje final. Este viaje tiene por un lado el valor de una fuga de los horrores de la represión inquisitorial y por otro constituye una esperanza de encontrar, más allá del océano, donde todavía no se ha descubierto el Nuevo Mundo (lo cual ocurrirá de ahí a poco), una tierra más acogedora y menos injusta. Quienes viajarán con Don Serafín son personajes de distintas culturas y religiones, pero los une la pasión por indagar lo trascendente y el sentido de justicia. Esto los hace cómplices y amigos. Son nombrados y descritos así:

Lo han venido a ver [a Don Serafín del Mondo] dos jóvenes anacoretas, que han roto por un momento su voto de silencio para pedirle consejo. Y dos astrólogos moros, los hermanos Rabdel, que han cruzado las líneas de frontera escondidos en un carro bajo una cuantas sacas de aceitunas. Están presentes, también, un marino portugués, prófugo por haber desafiado a su capitán, y que dice llamarse Francisco Salvatierra y lanza improperios contra la ambición financiera de la ahora ingrata Corona de Castilla y Aragón, y un jesuita ciego, Padre Jesús del Camino, que afirma que el verdadero cristianismo ha fugado hace tiempo de la telaraña inquisitorial y se preserva lejos, en monasterios secretos, los que, llegado el momento, y pasada la perversión, lo revivirán para sus fieles en su estado original. (140)

Pero sobre todo ellos van en busca de una conquista espiritual, para la cual son guiados por Don Serafín del Mondo, que constituye una revelación de la esencia de sí mismos y de la trascendencia de este mundo. Esta revelación se pone más allá de los dogmas religiosos y por eso en ella pueden coincidir y fraternizar moros, judíos y cristianos, es decir, paradójicamente, las tres culturas que en el pasado habían podido convivir felizmente en España, antes de que el absolutismo tiránico de la Inquisición volviera enemigos a todos los que quedaban fuera del dogma católico.

Todos ellos distinguen entre cuerpo y alma, pero en las enseñanzas de Don Serafín el alma es una esencia especial que tiende a volver al cielo, de donde ha venido, y por ello es necesario que esté rodeada de una envoltura, “la piel del alma”, que le fuera otorgada por Dios mismo. Adquirir conciencia de esta *piel del alma*, y por tanto de la entidad misma de nuestra alma, es un proceso de revelación interior para el que Don Serafín se demuestra un maestro. Les explica a sus amigos y compañeros de viaje que las almas tienden a reunirse entre sí en los cielos y van formando una esfera que no deja de girar y de iluminar. Y agrega:

Así, ustedes pueden ver que las estrellas son almas vivas que nos contemplan, rodeadas de infinitos discos de polvo estelar. Almas que aguardan para descender a nuevos cuerpos, a nuevas generaciones de cuerpos que las cobijarán. Miles y miles de almas que fueron y serán algún día, reposan vivas como estrellas en el firmamento. Y arden para generar la luz con que mirarnos, con la que podemos ver el mundo y a los hombres. Sin ellas, no distinguiríamos las formas ni los objetos ni a nosotros mismos. (141)

Sus compañeros ya están iniciados en este conocimiento. Dice Ismael Ibn Rabel, uno de los hermanos astrólogos moros:

Lo que significa, como ha sido dicho, que no se adorará al sol ni a la luna, y menos aún a los millares de astros, por más que allí habiten las almas puesto que el Dios los creó, y también hizo los caminos trazados en el cielo, que son formas de escritura por las que las almas se orientan en sus viajes. (142-143)

Y el jesuita ciego completa:

Bienaventurado de mí, que el Señor me ha quitado la vista para siempre, y sólo entiendo al Padre por las almas que me hablan al oído o por sentir en mi corazón esa última piel del alma, que se preserva cuando todo lo demás se ha consumido, y es suave y tersa como la seda sobre los huesos calcinados. (143)

O sea que están todos de acuerdo: más allá de las diferencias religiosas, los une una misma visión espiritual del destino del ser humano; y el proyecto del próximo viaje significa para todos ellos el comienzo de una nueva vida y la programación de un nuevo mundo mejor. Por este motivo, el nieto que espera Don Serafín del Mondo, es decir el hijo que Faride está por dar a luz y que él llevará consigo en el viaje, encarna la posible nueva generación de ese nuevo mundo, emblema de la esperanza: “nacido santo en medio de los indignos, por la misericordia infinita de Dios” (144).

Las disquisiciones de los futuros pobladores del Nuevo Mundo ocupan el espacio del café donde Ubaldo Turcatti aparentemente escucha las informaciones que da la radio sobre el proceso del campeonato mundial, aunque en realidad, aferrado a sus manuscritos él escucha –¿escucha o imagina?– las voces de sus personajes. El capítulo 21 se cierra así con las indicaciones de varios de ellos sobre lo que deberán hacer en vista de la ya muy cercana partida. Y Don Serafín concluye: “Cargaremos en el navío también lo imprescindible: al infante y la escritura, la Palabra” (146).

Siguiendo la alternancia entre las dos historias, como había sido la regla general de la estructura de la novela, y puesto que el capítulo precedente aunque focalizado en principio en Turcatti se ha concentrado en las peripecias del grupo de rebeldes de 1487, el capítulo 22 se sitúa en 1950 y focaliza al comisario Valdivia. Empero hay una novedad: Valdivia piensa en las declaraciones de testigos interrogados a propósito de la muerte de Liropeya, pero no se limita a los hechos objetivos, sino que estos se combinan en su mente con fantasías derivadas de visiones incontrolables. Y la visión que de pronto lo invade es la de Liropeya haciendo el amor con alguien, sobre el césped, en el parque, a pocos pasos de donde está el mismo Valdivia.

El capítulo siguiente, el 23, manteniendo siempre la alternancia, regresa al año 1487 y enfoca a Don Serafín del Mondo, ya en viaje, en alto mar, sumergido en sus reflexiones, para las cuales se apoya en el recuerdo de sus lecturas de Abulafia, cuyos escritos conserva devotamente en su memoria. El filósofo y místico español Abraham Abulafia (Zaragoza 1240-1291), de origen y cultura hebrea, uno de los mayores estudiosos de la Cábala y cuyas enseñanzas muestran paralelismos con el yoga y el tantra, constituye una referencia fundamental en el pensamiento de Don Serafín. La búsqueda de la piel del alma, como instrumento místico de conjunción con esos espíritus que nacen de Dios y pueden, siguiendo el recorrido justo, reunirse otra vez y formar una unidad perfecta, encuentra indicaciones en la filosofía de Abulafia. Don Serafín recuerda las palabras del Maestro y las repite con devoción:

*“Las fuerzas internas y las almas ocultas del hombre están distribuidas en los cuerpos donde aparecen diferenciadas. Pero está en su propia naturaleza que cuando los nudos se desatan aquellas regresan a su unidad original”*¹⁰ (156)

¹⁰ En cursiva en el original.

Continuando sus reflexiones, Don Serafín está seguro de que los nudos del alma se pueden desatar mediante la armonía sonora de las palabras y son esas palabras las que ofrecen nuevas modalidades de comprensión. Por eso había ya expresado antes de subir a la nave que lo imprescindible para el viaje eran “el infante y la escritura, la Palabra” (146): el infante era el futuro, la nueva humanidad, liberada de la maldad que había atormentado a sus progenitores; la Palabra era el signo divino, la guía segura, la mano de Dios.

El capítulo 24 es especial y único en toda la novela en cuanto el narrador es autodiegético y toda su reflexión –que podemos también considerar como un monólogo interior– gira alrededor de la piel que se quema cuando la víctima es condenada a la hoguera y termina con una reflexión sobre la “piel del alma”. Dado el tema del monólogo podríamos situarlo en 1487, pero a este punto el lector sabe que Ubaldino Turcatti y otros reflexionan y hablan de lo mismo. Por la calidad filosófica de la reflexión podríamos considerarlo producto de Don Serafín del Mondo, pero nada en el texto lo señala de manera específica. En todo caso, lo más importante es el mensaje que llega claramente al lector: hay personajes que serán destruidos por el fuego de la Inquisición, seguramente Faride y su protectora, la gitana Multani; pero la piel que protege el alma, “que piensa y tiene ojos, tiene memoria” (161), esa es indestructible. Con ella, gracias a ella, el alma de las víctimas no se perderá, alcanzará su unidad esencial y celestial y la historia trágica vivida quedará en la memoria de los pósteres. Así concluye el narrador no identificado:

Una piel así no olvida jamás ninguna marca, no renuncia jamás a ninguna historia de su historia. Y registra toda declaración, todo alarido arrancado de las cuerdas del alma, cada intención y su perfidia, sobre todo eso. Y las cosas entredichas y aquellas que no se dijeron pero ocuparon todo el aire como un vasto pensamiento gaseoso. A esa piel me refiero. A la piel del alma, esa, indestructible. (161)

En los dos capítulos siguientes, 25 y 26, se va completando la historia de las víctimas de la Inquisición: en el 25, en realidad, se parte con Ubaldino Turcatti –estamos por tanto ubicados en 1950–, el cual adquiere una lámpara maravillosa que le permite ver cosas que nunca ha visto y también realizar un gran deseo. Y lo que verá es la nave en la que viaja Don Serafín del Mondo con sus amigos, mientras canta salmodias en hebreo y sostiene entre sus brazos un niño de pecho, sonriente y saludable, que es naturalmente el hijo de Faride y Girolamo. El capítulo 26 se focaliza totalmente en el siglo XV, en el momento en que Doña Faride Azulay camina junto con los otros condenados hacia la pira y recuerda su breve vida y la sentencia del Santo Oficio; el narrador, heterodiegético, no es identificable. Este relato podría ser la continuación de la visión de Ubaldino Turcatti, o de su escritura, pero esto no se manifiesta. La historia de la violencia del nuevo reino de Castilla y Aragón y de la persecución de los judíos, incluidos los judeoconvertos, adquiere la dimensión y el valor de una narración histórica autónoma. Y el capítulo se cierra con la breve referencia a dos hechos: uno trágico, la muerte de Multani, que decide sacrificarse junto con su protegida Faride y se arroja en las llamas con ella; el otro abre una vía de esperanza, como ya se había insinuado varias veces, en referencia al valor del niño acabado de nacer. Faride ve el rostro de su hijo antes de morir: lo ve como una imagen luminosa que cubre todo el panorama, el estrado adonde la suben y donde se encenderán las hogueras. En ese momento los cantos de los frailes y los tambores callan, el silencio invade todo y ella comprende que se trata del silencio de Dios, que la está guiando hacia la piel del alma (174-176).

Todos los capítulos siguientes, del 27 al 35, se ubican en 1950, tienen como fondo el *maracanazo*, es decir la inesperada derrota que sufrió el Brasil el 16 de julio en el estadio de Maracaná en Río de Janeiro por el equipo de fútbol del Uruguay, que de esta manera obtuvo por segunda vez el título de campeón mundial; pero el tema principal de la narración es la continuación y al fin la solución de las investigaciones sobre la muerte de Liropeya Duarte. El agente Mieres confirma lo que ha visto Turcatti a través del agujero de su pared: Liropeya no fue asesinada, se suicidó. Aparece un testigo nuevo, que es el estudiante Eliberto Flores, al cual también se le ha presentado un espectro, que a menudo llaman “la fantasma” y que es sin duda Faride Azulay, que le habla de un tesoro escondido y le indica dónde buscarlo (cap. 28). Y así, otra vez los dos tiempos y las dos historias se conectan. El tesoro, en realidad, es un manuscrito conservado dentro de un cofre y corresponde a la última carta que

Girolamo escribiera a Faride. El mensaje de la carta ofrece al lector una de las claves centrales de toda la novela: la transmigración del espíritu de un pueblo a través del tiempo y el espacio. La joven Faride –y todo lo que en ella hay de su sabio padre– a través de su hijo, el niño sonriente y luminoso que viaja con Don Serafín, hará llegar al Nuevo Mundo una semilla, una entre muchas, pero nada indiferente, de su pueblo perseguido y maltratado en el Viejo Mundo. Le dice Girolamo a Faride en esta última carta:

Digo que últimamente suelo percibir algún indicio de ése, el Dios Altísimo, que me observa desde un recodo [...] han dicho que el Dios eterno se oculta de los hombres y sólo se revela a quien lo sabe buscar [...]

Así estamos: el Dios pronunciando letras y clamando todos mis nombres, y yo queriendo oírlo, sin escucharlo. El Dios auscultando la piel de mi alma, y yo entregando el alma por su piel. Pienso en ti, condenada a arder porque no te has separado jamás de lo sagrado, y en Multani, que se arrojará a la pira por comunión [...] Pienso en nuestro hijo que ha nacido, y que te dirá, cuando crezca y encuentre un buen día tu espectro transido, 'estoy en ti, mujer', 'vengo de ti'.

[...] tú vives, Faride, luego del fuego y la condena, fuera del tiempo y siempre allí, pues eres Dios y no lo sabes aún, y te verán los tiempos del futuro.¹¹ (198-201)

Girolamo, que había iniciado su recorrido existencial buscando una comunión profunda con la Divinidad como fraile franciscano, al final de su breve vida llega a percibir, más allá de las diferencias dogmáticas de cada religión, la encarnación de lo divino en algunas almas privilegiadas, en las cuales la *piel del alma* sabe abrirse y entregarse al Dios que la escucha y acoge. Faride, la joven judía que le ha dado su amor y pronto le dará un hijo, es una de esas almas. Y su herencia espiritual, a través de su padre y de su hijo, se transmitirá al Nuevo Mundo.

Con la excepción, entonces, de los capítulos 28 y 31 que refieren la última carta de Girolamo, toda la última sección de la novela, del capítulo 27 al 35, se desarrolla en 1950, en los días que preceden al *maracanazo* y en el momento en que se juega el famoso partido, y relata la prosecución y la conclusión de las investigaciones sobre la muerte de Liropeya Duarte. Aquí se refiere textualmente una última declaración de Ubaldino Turcatti, que cuenta cómo él la vio preparar un vestido de bodas, con todos sus detalles, encargado no se sabe por quién, alguien que parece más un fantasma que un ser real, y al terminar el vestido Liropeya se suicida. Pero Turcatti es asimismo *testigo visual* del gol final del maracanazo, que todos escuchan por radio en el Café “Gran Alfredo”, en la voz de Carlos Solé, el periodista deportivo uruguayo que, en efecto, fue relator del partido, porque Turcatti, mediante la lámpara maravillosa que le habían dado, además de oír *ve* la escena, *ve* a los jugadores y *ve* a Ghiggia lanzando el famoso gol final. El narrador –no necesariamente Turcatti– recuerda otro singular hecho histórico que ocurrió después del gol: la imposición de un estupor largo y mudo, de un silencio colectivo que parecía no tener fin. Y en los comentarios que siguieron por años este silencio nunca se iba a olvidar; se iba a repetir acompañándolo con suposiciones de causas misteriosas, o mejor dicho, milagrosas:

Se diría que, por la noche, varios hombres del equipo celeste fueron vistos por testigos con extraños cuerpos tornasolados. Y que algunos soltaban unas lágrimas raras, luminosas, porque –decían– habían visto la cara de Dios. (212)

El último capítulo se concentra sobre la tarea final de Liropeya, la elaboración del vestido de bodas, y los sueños y visiones que inspiran esa tarea. El narrador heterodiegético no nos permite saber si se trata de un evento efectivo o de otra página que va a completar los escritos de Turcatti. De todos modos, lo que resulta fundamental en el mensaje final que recibe el lector es que la visión de Liropeya se corresponde exactamente con la figura que hemos conocido de Faride Azulay y que la razón que da Faride a Liropeya para que realice su traje de novia es que ella lo necesita “para su preñez” y que “está preñada por el amor a Dios” (220). Queda así confirmada la trascendencia espiritual del amor que se había dado entre Faride y Girolamo y el valor de símbolo imperecedero que encarnará el niño, apóstol en el Nuevo Mundo. Queda al mismo tiempo claro el significado de la elección final de Liropeya de quitarse la vida: una vez cumplida su última tarea, y habiendo perdido el único amor que le fuera

¹¹ En cursiva en el original.

concedido, ya no tiene razón para vivir. No es casual que estos últimos momentos estén acompañados por la música y las palabras de un famoso bolero que transmiten por radio en ese momento: “Sutil llegaste a mí, como la tentación, llenando de inquietud mi corazón” (222). Y no es casual que la visión final de Liropeya, antes de morir, sea la de una luz absoluta, que ilumina todo en medio de la noche:

Fue cuando la habitación comenzó a fulgurar, como si hubiera asomado a ella de repente, desde una grieta del techo en plena noche, un sol ardiente y entero, todo para sí misma. (222)

Aquí el lector se pregunta: esa luz extraordinaria, que pone en contacto el alma a partir de su piel con el rostro de Dios, ¿puede ser realmente la misma para Faride, cinco siglos atrás, que para Liropeya, para Turcatti, para la gente en el estadio, para los testigos del triunfo inesperado de un pequeño país? ¿Y por qué poner en tan estrecho contacto episodios separados por ese largo lapso de cinco siglos?

Si podemos creer que en la providencia divina todo tiene un lugar determinado y un sentido preciso, entonces la llegada del hijo de Faride a fines del siglo XV a esas tierras todavía vírgenes del Río de la Plata se puede interpretar como la primera señal de una misteriosa bendición. Y el regreso de la historia preparatoria de esa señal, cinco siglos después, asociada a ese triunfo inesperado del pequeño país formado en esa orilla del Río de la Plata, podría ser una segunda señal de bendición. O mejor: una señal de cómo, contrastando la maldad de los hombres, la mano divina –o el rostro de Dios– haya querido recordar que su “pueblo elegido” puede renacer también en humildes lugares inesperados.

Conclusiones

En el panorama de la literatura judía uruguaya del último cuarto de siglo hemos elegido tres obras de tres autores de distintas generaciones –Neumann nació en 1912, Rosencof en 1933 y Porzecanski en 1945–, las tres con elementos históricos y autobiográficos y las tres clasificables dentro del género de la nueva novela histórica hispanoamericana, pero que como estructuras narrativas, como lenguaje y como temática son muy distintas. No obstante las diferencias, en las tres se pueden registrar la referencia a la identidad hebrea, la memoria dolorosa del antisemitismo y el vínculo de orgulloso afecto con el país de origen (Rosencof, Porzecanski) o de elección (Neumann), es decir el Uruguay. Podríamos decir entonces que lo que acomuna estas tres historias, en principio tan distintas, remite inevitablemente a esa cifra común que vuelve única la multiplicidad del hebraísmo en el mundo.

Bibliografía

GURVICH, José, Cecilia TORRES y Alicia HABER (2003): *José Gurvich: Murales, esculturas y objetos*. Montevideo: Fundación José Gurvich.

JONAS, Hans (1987): *Der Gottesbegriff nach Auschwitz. Eine jüdische Stimme*. Frankfurt am Main: Suhrkamp. Trad. it.: (1993): *Il concetto di Dio dopo Auschwitz. Una voce ebraica*, a cura di G. Angelino. Genova: Il Nuovo Melangolo. Trad. esp.: (1998): *El concepto de Dios después de Auschwitz. Una voz judía*, en *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, cap. 9, versión de Angela Ackermann. Barcelona: Herder.

KALENBERG, Ángel (1997): *Gurvich*. Montevideo: Ediciones Jorge de Arteaga & Gustavo Tejería Loppacher.

KAMEN, Henry (1997): *The Spanish Inquisition: A Historical Revision*. London: Yale University Press. Trad. esp. de Joan Rabasseda y Teófilo de Lozoya, *La Inquisición española* (2013). Barcelona: Crítica.

LUDUEÑA, María Eugenia (2008): “Entrevista a Jorge Drexler”, en la revista *Hecho en Buenos Aires*, n.º 47.

MIGDAL, Alicia (1993): *Historia quieta*. Montevideo: Trilce.

— (2008): *En un idioma extranjero*. Montevideo: Rebeca Linke Editoras.

MENTON, Seymour (1993): *La nueva novela histórica en Hispanoamérica (1979-1990)*. México: Fondo de Cultura Económica.

NEUMANN, Kurt (1999): *El caminante*. Montevideo: Melibea Ediciones.

MÜLLER, Christoph (2012): *La emigración judía y el teatro independiente uruguayo*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.

NOVAS TERRA, Luis (1960): *Todos en París conocen*. Montevideo: Galería Libertad.

PORZECANSKI, Rafael (2006): *El Uruguay judío. Demografía e identidad*. Montevideo: Trilce.

PORZECANSKI, Teresa (1982): *Mito y realidad en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Editorial Humanitas.

— (1993): *Curanderos y canibales. Ensayos antropológicos sobre Charrúas, Guaraníes, chamanes, adivinos y románticos*. Montevideo: L.A. Retta Libros.

— (1994): *Perfumes de Cartago*. Montevideo: Trilce.

— (1996): *La piel del alma*. Montevideo: Planeta.

— (2011a): *Inmigrantes judíos al Uruguay (1890-1950). Estudio antropológico e historias de vida*. South Carolina: CreateSpace-Amazon.

— (2011b): *Su pequeña eternidad*. CreateSpace Independent Pub: South Carolina.

PORZECANSKI, Teresa y Beatriz SANTOS (2006): *Historias de exclusión: afrodescendientes en el Uruguay*. Montevideo: Linardi y Risso.

ROSENCOF, Mauricio (2000): *Las cartas que no llegaron*. Buenos Aires: Santillana.

— (2008): *Le lettere mai arrivate*. Firenze: Le Lettere. Trad. de Fabia Del Giudice; posfacio di Diego Símini: “La memoria dell’orrore come riscatto dell’umanità”, pp. 87-96.

ROSENCOF, Mauricio y Eleuterio FERNÁNDEZ HUIDOBRO (1989): *Memorias del calabozo*. Montevideo: Tupac Amaru Ediciones.